tiempo y circustancias lo permitía.

No gustaba de Hermanas escrupulosas, y aconsejaba en las pláticas, que no lo fuesen y avisaba en particular a las propensas a ese defecto, (por que al fin defecto es): era sin embargo muy compasivo con ellas. Cuando iba a las casas filiales les daba ocasión para que todas le hablasen en particular, lo cual al paso que consolaba mucho a las Hermanas, le servia de norma para el buen gobierno. Siempre hablaba de Dios y era muy jovial cuando hablaba con sacerdotes y personas virtuosas: se amoldaba a hablar y tratar con todas.

Cuando se trataba de corregir faltas públicas, no obstante su habitual mansedumbre, se ponía tan serio que no parecía el mismo que cuando corregía en privado.

La juventud desvalida tenía para él cierta preferencia, sobre todo cuando prometían en el servicio de Dios y salvación de las almas. Por esto, cuando se le presentaba alguna joven solicitando el ingreso a la Congregación, jamás la despedía ni desanimaba por falta de dote, recibiendo a muchas casi sin nada.

La relación de la predicación del P. Coll dispensa de presentar nuevos comprobantes para justificar de que él tuvo grandisima caridad y que la practicaba continuamente espiritual y corporalmente. Tenía el corazón abrasado del celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas: por lo tanto, era incansable en la asistencia a los enfermos y al confesonario, como dicho queda.

Las necesidades del prójimo conmovían hondamente su corazón y le hacían pródigo de socorros privándose él del descanso que tanto necesitaba, para visitar a los enfermos y necesitados. A los moribundos los asistía hasta el último suspiro y no los dejaba hasta que tenía plena seguridad del fallecimiento.

CAPÍTULO XVIII

Virtud de la Mortificación

Toda clase de personas tiene necesidad de practicar la virtud de la mortificación, puesto que ella es necesaria para alcanzar la perfección; tanto que nadie, sin ella, podrá entrar en el reino de los cielos; pues a todos aludía San Pablo al escribir: «Los que son de Cristo crucifican su carne con sus concupicencias». Verdad es que la perfec-

ción no es la mortificación, y la santidad es la caridad; pero también lo es, que sin mortificación no hay perfección, y sin contradicción interior y exterior no hay caridad.

Para practicar la virtud, en general, se necesita tener amor a ella; pero para la virtud de la mortificación que, puede decirse, que su ejercicio es repugnante a la naturaleza, se precisa más deseo y más amor. El P. Coll, que ya desde niño y simple religioso, fué amante entusiasta de la mortificación; de Misionero y Fundador fué su ardiente panegirista. Nada se encuentra en sus escritos, pláticas, nada en su devocionario, compuesto por él titulado «La Hermosa Rosa»; nada en la Regla que para las Hermanas escribió que favorezca cierto sentimentalismo dulzarrón y cómodo que promete el cielo sin violencia, la corona sin lucha y el premio sin mérito: y como de la abundancia del corazón habla la lengua, fuerza es confesar que el corazón del P. Coll estaba completamente enamorado de la virtud de la mortificación y que la amaba, por consiguiente, con el amor que todos los santos. Testigos son de todo lo dicho las penitencias que solía imponer en el tribunal de la penitencia las cuales llevaban, no solo una medicina para no recaer, sino un estímulo para satisfacer, consiguiendo que los penitentes formasen verdadero dolor y propósito y tomasen por la penitencia impuesta, idea de la gravedad del pecado cometido. No quiere decir esto que fuese rigido en extremo ni menos que, como los fariseos, impusiese a los demás cargas insoportables, no aplicando él ni siquiera un dedo; al contrario, imitaba la conducta del Buen Jesús templando el rigor con la dulzura. Severo y rigido consigo mismo era sumamente condescendiente con los demás. A las Hermanas, excepto en casos extraordinarios, no permitia otras mortificaciones o penitencias que las mandadas en su Santa Regla; no quería que se privasen de la comida que se servía a la Comunidad, con el fin, decía, de conservar las fuerzas para poder trabajar para la gloria de Dios y salvación de las almas. En cambio aconsejaba mucho la mortificación interior, cuya práctica es el alma de la exterior, por la cual éstas sin aquella es como un cuerpo sin alma. Hasta que grado llegaria la práctica de la mortificación interior del P. Coll, no es posible averiguarlo; pero a juzgar por su exterior es de suponer no eran interrumpidos los actos de ella, como lo demuestra aquella contínua presencia de Dios, que hasta en los viajes tenia; aquella oración que, según declaración propia, hacía cuando iba hasta por las calles de Barcelona, y aquella devoción que hasta en los actos más indiferentes demostraba.

Tenía sumo cuidado en conservar libre su entendimiento de pensamientos inútiles y su corazón de afectos desordenados. A pesar de intervenir en tantos asuntos y negocios temporales, como necesariamente reclama la fundación de una Congregación y de cincuenta casas, siempre rehusó el entrometerse en asuntos de edificación, mueblaje, distribuciones, etc., etc. Estas cosas las miraba con indiferencia, y solo las examinaba para ver si estaban conforme con el espíritu religioso, sobre todo de la santa pobreza de la cual era celosisimo, como se dijo. En las casas se contentaba con inspeccionar si había observancia, y si las Hermanas necesitaban algo, máxime en lo referente a lo espiritual.

En la mortificación exterior era notable: como amaba sinceramente esta virtud no distinguía tiempos ni lugares para practicarla; solo así se concibe, que, cuando iba de viaje, en coche fuese con los ojos cerrados y tan ensimismado que parecía dormido, según refieren Hermanas que fueron compañeras de viaje, y que jamás se solazase con la vista de paisajes desconocidos o de poblaciones nunca vistas. De ordinario llevaba siempre la vista baja, lo mismo en su casa que en la calle, según queda ya referido, al hablar de su modestia.

No fué menos cuidadoso nuestro buen P. Coll en el ejercicio de la mortificación de los oídos que lo fué en el de la vista. Siempre fué enemigo de las conversaciones inútiles y nunca quiso mezclarse en asuntos políticos. Desatendía disimuladamente aquellas conversaciones que no iban enderezadas a la gloria de Dios o provecho de las almas.

Pero donde se mostró verdaderamente mortificado fué en la lengua. Los Santos todos consideraron la mortificación de la lengua como la más difícil de todas. El P. Coll era naturalmente gracioso, tenía cierta agudeza de expresiones; pero jamás sus gracias y agudezas desdecían de un Santo varón. A imitación de nuestro Padre Santo Domingo, no hablaba sino con Dios o de Dios y apenas salían de sus labios otras palabras. Es más, así como el Gran Patriarca Domingo, yendo de viaje con sus herma-

nos les dejaba de cuando en cuando para cantar el «Ave Maris stella» y otras preces religiosas, asi, el P. Coll, taciturno y como soñoliento siempre en los trenes y coches, cuando iba con alguna Hermana por los caminos rurales, procuraba cortar por los atajos y quedarse solo, para conversar más libremente con Dios. Si iba acompañado rezaba el Rosario y hablaba sobre asuntos propiamente espirituales de modo que su conversación era un sermón. Para ello tomaba pié de cualquier circunstancia propicia: si hacia calor hablaba sobre el fuego del amor divino, del purgatorio o infierno. Si en medio del calor hacía un poco de aire decía: «Ahora el buen Dios nos manda este vientecito para refrigerarnos un poco; démosle gracias», y otras palabras por el estilo. Cuenta una Hermana que yendo por un camino vieron a un hombre que estaba tendido en el suelo, durmiendo: al darse cuenta el Padre dijo a la acompañante: «Se atreverá V. a quejarse jamás de que tenga cama dura?» Lo que confirma lo antes dicho sobre su presencia de Dios, espiritu de recogimiento y mortificación.

De todo tomaba ocasión para hablar de Dios. Cuando iba por los caminos a cuantos encontraba saludaba, y los que trabajaban en los campos les decía: «¿Hacéis eso por Dios? y aconsejaba lo hiciesen todo para su gloria: que no trabajasen en los días de fiesta, para que Dios no se viese obligado a retirarles el beneficio de la lluvia y mandar otros castigos que les destruyesen las cosechas.

Aunque sea hereditaria la llaneza y sencillez en los verdaderos hijos del Padre Santo Domingo de Guzmán, el P. Coll se distinguió entre estos llanos y sencillos: nada de afectación; sus palabras verdaderamente sencillas; como decía Jesucristo: sí, o nó. Cuantos tuvieron la dicha de tratarle admiraban su sencillez y naturalidad; con la particularidad de que todos quedaban, al oirle, persuadidos y prendados de su conversación, tanto sacerdotes como seglares, así ancianos como jóvenes, tanto las clases altas como las bajas. Cuando predicaba tenía el auditorio pendiente de sus labios, y se oían y recibian sus palabras como dichas por un Santo. Como era sumamente oportuno era como un imán que atraía hacia sí los corazones, aun de aquellas personas que por sus aspiraciones rehuyen el trato con las sencillas.

El P. Coll, como verdadero hijo del Patriarca Santo Domingo, trató de parecérsele en todo; para lo cual no perdonó sufrimientos ni sacrificios, como lo atestiguan los multiplicados actos de semejanza que en la vida de ambos se encuentran.

Sabemos que el Gran Patriarca, para mortificarse, usaba cilicios y disciplinas; cama dura y escaso descanso. El P. Coll se portó como imitador fiel de su Santo Padre, pues, según contaba una hermana suya, llamada Manuela, tenía tres cilicios, todos grandes y a cual más recios: otra cuenta que, siendo todavía niña, con otra amiga, habiendo salido el Padre de su habitación, entraron por curiosidad y vieron allí cilicios y disciplinas: éstas estaban rojas de sangre. Otras veces habían visto el suelo muy manchado de sangre, que había derramado a fuerza de los golpes de disciplina que se daba, los que se oían a gran distancia, o sea desde el otro piso, que él ocupaba. Su nombrada hermana Manuela, afligida, a veces decia: «Mi hermano se va a matar a penitencias», pues encontraba en las ropas interiores los señales de ellas, por las grandes manchas de sangre que los golpes de disciplinas le ocasionaban.

En cuanto el uso del cilicio el tiempo se encargará de señalar en la forma y manera que lo usaba.

El que tanto se mortificaba no había de buscar para su cuerpo cama blanda y regalada. Así fué en efecto. Temeroso de que la blandura del lecho le robase el tiempo para darse a la oración, a veces ni siquiera se acostaba, y si lo hacía permanecía en la cama muy poco tiempo y nunca quería en ella colchón. Las más de las noches, por no decir siempre, se acostaba después de las doce y se levantaba a las cuatro o cuatro media, según manifestación hecha por sus sobrinas, y como se pudo observar después de fundar la Congregación.

La práctica de trasnochar y madrugar la observó desde que empezó su vida de evangelizador en Moyá, pues, según se dijo, madrugaba tanto que a veces encontraba cerrada la iglesia y tenía que esperar un largo rato a que la abriesen, lo que hacían muy de madrugada.

Por no alargar más esta relación diré solamente dos palabras sobre un género de mortificación, que practicaba nuestro buen P. Coll, al parecer despreciable o de ninguna importancia; pero en el fondo acaso

el que más revela su grande espíritu de penitencia, y porque es como una recopilación de todas las demás: el deseo. Dicho queda que cuando sentía un poquito de aire al ir de viaje estando acalorado decía: «Demos gracias a Dios por el refrigerio que nos manda», lo que es mucho; pero no es más que acatar las disposiciones de Dios y ser agradecido. Lo verdaderamente grande es buscar ocasiones de padecer, y servirse hasta de los animalitos que el Todopoderoso ha criado. Pues esto hacía el P. Coll, pareciéndole sin duda, que pasaba la vida con mucho regalo. Por eso jamás se acercaba a la estufa o brasero en lo más crudo del invierno; no obstante el intenso frío que se siente en aquella región, y, lo que es más, dejaba a las moscas, mosquitos, pulgas y otros insectos que le molestasen. E igual consejo daba a sus dirigidos, muchas veces, al pedirle les ordenase alguna mortificación corporal.

Tanto podría referirse de los actos de mortificación practicados por el buen P. Coll que sería nunca acabar, puesto que toda su vida fué un tejido de ellos. Si aprovechar el tiempo es indicio de mortificación, nuestro héroe, nunca perdía un momento: si lo és el viajar a pié largas jornadas, lo vemos ya

desde niño ir y venir todos los días desde la casa Puigsasllosas, (Folgarolas) a Vich, distante más de una hora: si más adelante le observamos lo veremos ejercer su ministerio apostólico sin intermisión, a pesar de la enfermedad y fatigas; procurando conformar su vida con el Apóstol, a imitación de nuestro Padre Santo Domingo.

CAPÍTULO XIX

Sobre la virtud de la Humildad

Temor de Dios y memoria de sus preceptos: he aquí la raíz de la verdadera humildad. Muy honda debía tenerla el P. Coll: pues ese temor y esa memoria predominaban en todo su ser. Ya desde sus primeros años de religioso descolló en ese grado de humildad, y, a medida que fué creciendo en edad e interviniendo en los negocios, fué dando mayores muestras de él. Como el árbol sacudido por fuertes vientos echa más profundas raíces; así el buen P. Coll, con las contradicciones crecía en santo temor de Dios y en las prosperidades más recordaba los preceptos divinos.

Al llegar a los linderos de la muerte, con aquellos ataques que ponían en peligro su vida, no podía contenerse sin exteriorizar sus temores y solía decir, cuando se trataba de animarlo: «Bien sé yo que todo lo he hecho por Dios, de no ser así, para mí no habría ahora consuelo».

Los juicios de Dios lo aterraban de manera que solo en el confesor encontraba alivio y en el sacramento de la confesión consuelo.

Era tan dócil que sujetaba su parecer al de los demás. En cierta ocasión se le presentó un temor antes de decir la santa Misa: explicó a la Hermana sacristana su temor y con solo decirle que no temiese, celebró tranquilo, sujetando su juicio al de la Hermana.

Decía con frecuencia a las Hermanas. «Yo soy nada: no se fíen de nadie, ni de mí tampoco, porque soy ladrón grande delante de Dios». Cuando le alababan, respondia expontáneamente de manera que revelaba convicción: «Soy nada, todo sea para gloria de Dios». Cuando se veía despreciado, decía con suspirante satisfacción: «Estas son florecitas del jardín de la tierra, en el cielo no padeceremos. Animo, Hermanas, cuando se vean despreciadas ofrézcanlo todo a Dios en

satisfacción de los pecados; esto merecen ellos, ésta es la paga adelantada con que Dios nos prepara para el cielo, de este mundo no esperen otra».

Como si todo fuese demasiado para él, buscaba el trabajo humilde y obscuro, que ninguna gloria le podía proporcionar, y siempre se inclinaba a lo que le rebajaba al concepto de los demás. Para él todo lo bueno era demasiado; todo lo malo era poco: solo estaba satisfecho cuando se veía abandonado, criticado, despreciado y tratado de ignorante, como lo manifestó bien al fundar la Congregación y cuanto se lleva referido, puesto que en todos sus actos resalta el deseo de ser humillado y tenido en nada.

Nuestro ejemplar P. Coll tenía formado un bajísimo concepto de si mismo; por lo cual nunca se fiaba de su parecer, no solo en los asuntos de verdadera importancia, sino en los actos más ordinarios. De ahí la frecuencia con que acudía a los directores espirituales. Tan encariñado estaba con el parecer ajeno, que, exhortando a las Hermanas las decía: «Hermanas, aunque sepan »ciertas cosas deben, sin embargo, consultar »y pedir consejo, sujetándose, para mayor »mérito al parecer ajeno».

Cuando escribía la Regla para las primeras Hermanas, no solo no se fiaba de si mismo, ni se contentaba con hacer mucha oración y penitencia, para el mejor acierto, sino que llevaba los diferentes puntos por las casas filiales, se los leía y consultaba a las Hermanas, porque le parecía que ellas tendrían más acierto.

Estos pensamientos en él eran muy añejos y parece fueron el móvil de su vocación providencial. Precisamente, al concebir desde muy joven la idea de fundar una Congregación religiosa, dedicada especialmente a la educación de niñas de clase humilde, se fundaba, en parte, en el bajo concepto que tenía formado y concebido de si mismo. Ni le abandonó nunca ese concepto de su poco valer, antes fué como el norte que dirigió todos sus pasos. En los mejores días de su vida, cuando el aura popular hacía volar su nombre por toda Cataluña, se tenia y llamaba gran pecador y pedia a las Hermanas que rogasen mucho por él. De ahí aquel pensamiento que durante algún tiempo le asaltaba al subir al púlpito: «Tú vas a »predicar a los demás y tal vez te perderás».

El trato del P. Coll era sumamente familiar, su porte ordinario, su traje pobre, tan humilde de corazón que se hacía sumamente simpático a los conocidos a quienes hablaba con gracia y efusión.

Esta humildad de obra inculcaba con frecuencia a las Hermanas.

El que así se conducía no había de incurrir en la odiosa costumbre de hablar con jactancia: hablaba siempre cosas humildes, y, para animar a las Hermanas, no se desdeñaba de contar sus propias faltas, entre ellas el haberse dejado engañar, siendo joven, del espíritu de falsa mortificación, estando varios días sin comer, quedando inhábil para el santo ministerio, hasta que le dijeron que aquello no era mortificación, sino tentación. Contaba, también que, siendo novicio se le escapó la risa, de tal forma que tuvieron que encerrarle en la celda, con otros tres novicios. Claro está que andaría muy lejos de buscar gloria humana, el que tan bajamente hablaba de sí. Era tan humilde que, decia un Padre que había sido compañero suyo de misiones, (el P. Nofre), «Todo, en el P. Coll, respiraba humildad: nunca he visto hombre tan humilde, pues todo en él predicaba humildad». Y podemos añadir: no solo predicaba humildad, sino que la practicaba y recomendaba en todo; y como él no gustaba de ciertas exterioridades, consideradas por algunos como actos de humildad, sin que lo sean, su máxima constante era: «Corazón limpio y cabeza derecha!» No le gustaban las cabezas bajas ni torcidas, puesto que no consiste en ello la virtud ni la humildad. Huía de toda singularidad y no gustaba que en cosa alguna le distinguiesen, por su gran fondo de virtud. Deseando las Hermanas poseer su retrato, no pudieron lograrlo nunca, estando sano. Para satisfacer tan justos deseos se valieron de la oportunidad del paso de una procesión, cuando ya estaba ciego, diciéadole a él que debía estar presente para dar más importancia al acto y adherirse en lo posible a la manifestación religiosa, para lucrar las indulgencias. Como era tan dócil y sumiso hizo cuanto le dijeron, con lo cual pudo verificarse lo que tanto anhelaban sus hijas espirituales: tener el retrato de su Padre.

No es posible detallar los distintos actos de humildad de que tantos ejemplos nos legó, pues andan mezclados con todos los actos de su vida, como se habrá observado en lo poco de ella, que referido queda.

CAPÍTULO XX

Devoción a la Santísima Virgen

Cuan grande fuera la devoción que el P. Coll profesaba a la Santísima Virgen, no es fácil adivinarlo. Puede decirse que durante toda su vida, la Virgen María fué el alma de sus amores (perdónese la expresión). Fué la devoción a esta celestial Señora, una especie de delirio en el Misionero y Apóstol del Santísimo Rosario. Podía decir con San Bernardo: «Árido es para mí todo alimento, »si no está condimentado con el aceite del »nombre de Jesús... Jesús es miel en la boca, »melodía en el oído, alegría en el corazón». El P. Coll sentía lo mismo, si no tropezaba a cada paso con la Virgen Santísima. Verdad es que en esto había tenido ilustres predecesores y grandes Santos en la Orden a que pertenecia, especialmente a nuestro Padre Santo Domingo. Tenía en María puestas todas sus esperanzas, después de Dios.

Habiendo caído enfermo de gravedad a raíz de la fundación de la Congregación, como en otra parte queda dicho, todos sus conocidos se alarmaron. No tardó la Santísima Virgen en calmar la justisima alarma